



Deja tu huella, sé testigo

Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y de Vocaciones Nativas

Subsidio litúrgico
para el celebrante

IV Domingo de Pascua

Domingo, 8 de mayo de 2022



Orientaciones para la celebración

- Se usan ornamentos de color blanco. Se dice el *Gloria* y *Credo*.
- Se utiliza uno de los prefacios de Pascua. No se puede utilizar la plegaria eucarística IV.
- En la plegaria eucarística se hace el embolismo del domingo.
- No se permiten las misas de difuntos, tampoco la misa exequial.
- Si se hace algún tipo de testimonio vocacional dentro de la misa, no debe ocupar el lugar de la homilía, ni mucho menos sustituirla. Es preferible que se haga, por ejemplo, antes de comenzar la celebración, y que sirva como preparación a la misma, o al final, y que de alguna manera la prolongue.

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: El Señor es mi pastor (CLN, 538) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Cf. Sal 32, 5-6):

La misericordia del Señor llena la tierra, la palabra del Señor hizo el cielo. Aleluya.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

℟̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la vida,
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte,
esté con todos vosotros.**

℟̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

En este IV Domingo de Pascua, en el que recordamos que Jesús es nuestro Buen Pastor, la Iglesia celebra unida la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y la Jornada de Vocaciones Nativas, bajo el lema: «Deja tu huella, sé testigo».

Esta invitación nos recuerda algo muy importante que el papa Francisco dijo a los jóvenes en la Jornada Mundial de la Juventud de Cracovia: que no tuvieran miedo de dejar su huella en la vida de aquellos con los que se encuentran. Todos estamos llamados a dejar en este mundo un testimonio de vida que hable del Amor.

En este día, le pedimos al Señor que no falten en la Iglesia sacerdotes, religiosos, personas consagradas y matrimonios cristianos. También, que las vocaciones nacidas en países de misión tengan lo necesario para formarse y seguir creciendo.

Dispongámonos a participar activamente en esta celebración.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El rito de la bendición y aspersion del agua bendita sustituye al acto penitencial.

El sacerdote, de pie en la sede, vuelto al pueblo, teniendo delante el recipiente con el agua que va a ser bendecida, invita al pueblo a orar con estas o similares palabras:

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de un breve silencio, prosigue diciendo con las manos extendidas:

**SEÑOR, Dios todopoderoso,
Escucha las oraciones de tu pueblo,
ahora que recordamos
la acción maravillosa de nuestra creación
y la maravilla, aún más grande, de nuestra redención;
dígnate bendecir ✠ esta agua.**

**La creaste para hacer fecunda la tierra
y para favorecer nuestros cuerpos
con el frescor y la limpieza.**

**La hiciste también instrumento de misericordia
al librar a tu pueblo de la esclavitud
y al apagar con ella su sed en el desierto;
por los profetas la revelaste como signo de la Nueva Alianza
que quisiste sellar con los hombres.**

**Y, cuando Cristo descendió a ella en el Jordán,
renovaste nuestra naturaleza pecadora
en el baño del nuevo nacimiento.**

**Que esta agua, Señor,
avive en nosotros el recuerdo de nuestro bautismo
y nos haga participar en el gozo de nuestros hermanos
bautizados en la Pascua.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

Cuando las circunstancias locales o la costumbre del pueblo aconsejen conservar el rito de mezclar sal en el agua bendita, el sacerdote bendice la sal, diciendo:

**TE pedimos humildemente,
Dios todopoderoso,
que te dignes bendecir ✠ esta sal,
del mismo modo que mandaste al profeta Eliseo
que la arrojase al agua
para remediar su esterilidad.
Concédenos, Señor,
que allí donde se derrame esta mezcla de sal y agua
sea ahuyentado el poder del enemigo
y nos proteja siempre
la presencia del Espíritu Santo.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

Y, en silencio, pone la sal en el agua.

A continuación, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y a los ministros, después al clero y al pueblo, recorriendo la iglesia, si le parece oportuno.

Mientras tanto se canta un canto apropiado.

Terminado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

**Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado
y, por la celebración de esta eucaristía,
nos haga dignos de participar
del banquete de su reino.**

℟. Amén.

A continuación, se canta o se dice el himno Gloria (p. 8).

Si no se hace el rito de la aspersion y bendición del agua bendita, se hace el:

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, el Buen Pastor que da la vida por nosotros: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que nos has dicho que siempre estarás a nuestro lado: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que nos apacientas con pastores elegidos según tu corazón: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DIOS, todopoderoso y eterno,
condúcenos a la asamblea gozosa del cielo,
para que la debilidad del rebaño
llegue hasta donde le ha precedido la fortaleza del Pastor.

Junta las manos.

**Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

℟̥. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

En la primera lectura se nos narra un episodio del primer viaje misional de Pablo y Bernabé. Escucharemos cómo tras un rechazo a su predicación por parte de los judíos, deciden ir a anunciar la Buena Noticia a los no judíos, que los reciben mucho mejor.

En la segunda, vemos que el Cordero es el Pastor y que el rebaño son todos los pueblos de la tierra.

El Evangelio, por otro lado, parece responder a una inquietud de los cristianos de todos los tiempos y también nuestra: ahora que Jesús no está visiblemente con nosotros, ¿quién nos reúne, nos guía y nos defiende?

NOTAS PARA LA HOMILÍA

- Jesús es el Buen Pastor que se entrega por sus ovejas, para que tengan vida en abundancia. No solo conoce el nombre de cada una de ellas, sino que está detrás de todos y cada uno de sus pasos. Él sigue apacentándonos con pastores elegidos según su corazón. Aunque no es fácil distinguir la voz del Buen Pastor de otras voces, nos es vital no confundirla. Él nos invita a vivir la vida entregándola.
- El papa Francisco, en un discurso reciente al reflexionar sobre sus años de vida sacerdotal, dijo no querer olvidar a aquellos sacerdotes que, con su vida y testimonio, desde la niñez le habían mostrado lo que configura el rostro del Buen Pastor. Habló también, de «las notas que los distinguían y les brindaban una fuerza, alegría y esperanza singular en su misión pastoral». Hagamos memoria agradecida de aquellos que nos han mostrado el rostro del Buen Pastor en nuestra vida, recordemos la huella que ha dejado su paso entre nosotros.
- Un buen comienzo para descubrir la propia vocación es ser consciente de todo lo recibido de Dios y de los demás. Al darnos cuenta de los dones que se nos han dado, es fácil intuir que pueden

transformarse en un don que se debe compartir, son una invitación a que también nosotros dejemos huella de vida en otros. Al plantearnos la vocación es inevitable hacernos preguntas: ¿Qué voy a hacer con mi vida? ¿He pensado alguna vez en entregar mi existencia totalmente a Cristo? ¿Cómo puedo llegar a convertirme en un don para los demás?

- Formar una familia, vivir el trabajo desde la entrega, consagrarse al Señor... El camino de la vida y del seguimiento de Jesús entraña riesgos y desafíos. En nuestro contexto y en tierras de misión, es necesario ir superando dificultades para acercarse a la meta; pero él nos ha dicho que siempre estará a nuestro lado.
- Toda la comunidad cristiana es corresponsable en la tarea de caminar con los jóvenes y orar por las vocaciones que la Iglesia necesita aquí y en todo el mundo. Pedimos al Señor que sean muchos los jóvenes que digan “sí” a la llamada que él hace a cada uno para «servirle con alegría», como decía el salmo. ¿Cómo les podemos ayudar a encontrar su camino a los que andan buscando?
- Pablo y sus compañeros saben que Jesús es la luz y la salvación del mundo, y están dispuestos a llevarla también a todos los pueblos. Como ellos, los misioneros *ad gentes* son testigos del Señor «hasta el final de los tiempos»; por ese testimonio, con la gracia de Dios, surgen nuevas vocaciones locales al servicio de las jóvenes Iglesias.
- En esos territorios de misión muchas veces faltan hasta los recursos más imprescindibles para que las vocaciones vayan adelante. Por eso, además de nuestra oración, debemos ofrecer todo nuestro apoyo para que, en las Iglesias en formación, no se pierda ninguna vocación por falta de medios.

PROFESIÓN DE FE

Puede introducirse con la siguiente monición.

Al recitar el Credo, proclamemos con gozo el Misterio pascual, que es el núcleo de nuestra fe.

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos al Señor nuestro Dios, que nos ha confiado al cuidado de Jesucristo, su Hijo, el Buen Pastor.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por el papa, los obispos y sacerdotes, para que no cesen de anunciar la misericordia y ternura de Dios. Oremos.
2. Por todos los que formamos la Iglesia: para que cada uno pueda encontrar cómo servir según sus dones, participando así de su misión. Oremos.

3. Por los sacerdotes y religiosos, para que vivan con entrega generosa su vocación, y que cada día progresen más en su servicio como pastores y consagrados. Oremos.
4. Por todos los jóvenes que se forman, viven y celebran la fe, para que sepan discernir la vocación a la que el Señor les llama. Oremos.
5. Por los que se preparan para el matrimonio con el apoyo de una comunidad cristiana: para que crezcan en el amor, con generosidad, fidelidad y paciencia. Oremos.
6. Por las Iglesias jóvenes, para que, con nuestra oración y con nuestra ayuda económica, el Señor suscite nuevas vocaciones y puedan sostenerse en el servicio a sus comunidades. Oremos.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ESCÚCHANOS, Señor;
**que tu bondad y tu misericordia
nos acompañen todos los días de nuestra vida,
hasta que lleguemos a los pastos eternos,
conducidos por tu Hijo Jesucristo,
Pastor y puerta del rebaño,**

Junta las manos.

que vive y reina por los siglos de los siglos.

R̄. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Yo soy el pan de vida (CLN, O 38) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

PASTOR bueno,
vela compasivo sobre tu rebaño
y conduce a los pastos eternos
a las ovejas que has redimido
con la sangre preciosa de tu Hijo.

Junta las manos.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

R̄. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, que por la resurrección de su Unigénito
os ha redimido y adoptado como hijos,
os llene de alegría con sus bendiciones.**

℟. Amén.

**Y ya que por la redención de Cristo
recibisteis el don de la libertad verdadera,
por su bondad recibáis también la herencia eterna.**

℟. Amén.

**Y, pues confesando la fe
habéis resucitado con Cristo en el bautismo,
por vuestras buenas obras
merezcáis ser admitidos en la patria del cielo.**

℟. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

℟. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

**Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.
Podéis ir en paz.**

℟. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española